

Geopolítica, militarismo y economía: La China de Xi Jinping y el EEUU de Trump.

Fornillo, Bruno.

Cita:

Fornillo, Bruno (2017). *Geopolítica, militarismo y economía: La China de Xi Jinping y el EEUU de Trump*. XVI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad Humanidades. Universidad Nacional de Mar del Plata, Mar del Plata.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-019/286>

Mesa 54. Historia de las relaciones internacionales y la integración regional de América Latina, siglos XIX, XX y XXI. XVI Jornadas interesuelas de Historia. PARA PUBLICAR EN ACTAS.

Título: Geopolítica, militarismo y economía: La China de Xi Jinping y el EEUU de Trump

Bruno Fornillo (UBA/CONICET)

Corría el año 1800, la dinastía Qing llevaba un siglo y medio asentada en China, mientras gran parte del territorio indio discurría bajo el poder de la Confederación Maratha, que resistía el asedio mongol. Entre ambas regiones daban cuenta del 49% de la producción mundial (Estadísticas OCDE, citado en Bolinaga, 2013:78). Ningún país igualará nunca esa cifra. Esta capacidad de gestación era lo más natural que podía existir, desde el comienzo de la era cristiana la supremacía en la producción del globo corría por cuenta de los gigantes asiáticos. Solo al avanzar el siglo XIX sobrevendría la injerencia militar británica, que desbarrancó la cohesión del “imperio del medio” y sumió a la India bajo el control de la Compañía Británica de las Indias Orientales. No es de extrañar, a la luz de estos guarismos, que la actual posición asiática sea vislumbrada como el renacimiento de una preeminencia global eclipsada tan solo dos centurias, lapso menor en el interrumpido flujo histórico de las civilizaciones. El siglo que se abre en el mapa geopolítico mundial se debate en medio de esta circularidad histórica: la nueva Asia, con el 67% de la población mundial y un volumen económico equivalente a la tercera parte global, podría representar la mitad del PIB total del planeta más temprano que tarde.

Nada agregamos al mencionar que la potencialidad de las economías “emergentes” tiene por ámbito multilateral de expresión la reunión de los BRICS, esto es, la mixtura en el mapa mundial de los magmas continentales antes coloniales: el “extremo occidente” encabezado por Brasil; África y su país “moderno”, Sudáfrica; y el bloque asiático con sus colosos: China, India y Rusia. Empero, aquí no todo es igual. La principal articulación en su interior se da entre China, que crece en todas las direcciones, y Rusia, poder energético, militar y geográfico; complemento ideal de la República Popular. Entremedio -y por ello interesante-, se instala India, de población incontable, vecino ambivalente de China, su PBI a paridad superó al de Japón en 2008, colocándose en el tercer lugar global. Como áreas colindantes, Brasil ha experimentado un crecimiento acelerado, y desde su centralidad sudamericana comenzó a jugar un papel destacado en el concierto mundial, pese a que el entramado industrial brasileño no esconde un perfil primario exportador. Un papel análogo cumple África, abasteciendo de recursos naturales a las economías centrales.

Recientemente, el paisaje global parece haber mutado sustancialmente, de tensiones solapadas y sumisiones resignadas contemplamos el despliegue de confrontaciones abiertas. El tiempo parece acelerarse y convocar a los actores globales a adoptar posiciones firmes porque la paridad es más notoria. China desairó a la propuesta estadounidense de conformar una suerte de G2 en el año 2009 porque entendía que traslucía un llamado a la subordinación. Rápidamente el país anglosajón hizo visible un afilado despliegue de tinte militarista. Hoy, el terreno económico y el militar vuelven a mixturarse peligrosamente. Las tensiones en Siria, en Israel y Palestina, en Ucrania y Rusia -país que ha “plantado bandera” como hacía tiempo no lo hacía-, se explican por muy diversos motivos, pero su marco general se inscribe aquí (y de hecho son guerras localizadas pero no precisamente de baja intensidad). La novedad no es la multipolarización sino el abroquelamiento de países dentro de ella con un nivel de fricción significativo.

En este artículo abordamos el tablero en el que se juega la posición que aspira ocupar China alrededor del globo y los obstáculos que se le presentan. Nuestro análisis se concentra en dar cuenta de ciertas estrategias efectivas que los grandes estados en pugna han desplegado para ganar “su” lugar, al analizar tres esferas interrelacionadas: el vínculo de China con su entorno asiático, la tensión creciente que se yergue con Estados Unidos y su relación con el “tercer mundo”, especialmente con Sudamérica. Sostenemos, en términos centrales, que el eje de acumulación radicado en China se completa y estabiliza en el vínculo que traza con Rusia y con el sudeste asiático, y que esa arquitectura es lo suficientemente robusta como enfrentar los riesgos abiertos por la confrontación que la potencia imperial del siglo pasado trae consigo. En este sentido, la presidencia de Trump apunta a contener a China, tal como lo intentaron sus antecesores, aunque aun reste ver claramente el modo en cómo lo hará. Exponemos esta interacción geopolítica global, un hecho al que no suele prestarle atención la literatura de nuestra región, porque entendemos que de este modo puede entenderse más cabalmente la alianza “intercivilizacional” que China dice establecer con América Latina y su trasfondo asimétrico.

China y la “Casa común asiática”

El “ascenso pacífico” chino -la estrategia declarada de convertirse en potencia global bajo el signo de la no confrontación- obedeció a la increíble capacidad de asumir la lógica madre de su principal competidor para alcanzarlo ¿Existe algún país que haya comprendido más a fondo la lógica capitalista que la China de hoy? Quizás en este particular andar resida la clave última por la cual no será posible frenar su persistente avance, dado que a su modo ha pintado el mundo con el color de su enemigo. Una de las claves del poderío chino, y del intento de menguarlo, se halla en la

materialización de la hegemonía regional, es decir, en lograr estabilizar bajo su mando primeramente el Mar de China y el sudeste asiático –lo que considera su “círculo interno” o “zona de seguridad directa”-, además de reafirmar su presencia en los océanos Pacífico e Índico, base de sus rutas comerciales y de abastecimiento –su “círculo externo” o “zona de seguridad estratégica”. Si bien la República Popular viene desplegando una silenciosa política exterior de relativa agresividad hace tiempo, luego del reciente “giro estratégico” estadounidense hacia el Pacífico, y del liderazgo de Xi Jinping encaminado a ponerse a la altura de su principal rival, la solidez de las relaciones con su entorno de influencia natural pasó a ser tan significativa como el crecimiento mismo. La política exterior China ha dejado de estar en las sombras, y ejerce cada vez más abiertamente el lugar central que ocupa, desplegando iniciativas intrépidas para tener una presencia activa en los asuntos internacionales. Repasaremos, entonces, los vínculos trabados con toda su región colindante, de norte a sur y de este a oeste.

Primeramente, tras consolidar sus fronteras terrestres, China arraigó en el contorno regional. En primer lugar, el eje más sólido está conformado por la relación sino-rusa. Luego de un pasado no carente de conflictos, la complementariedad entre los países y la perspectiva conjunta en términos de proyecciones globales aúnan a ambas naciones: 1) comparten el objetivo internacional a largo plazo de ver menguar el poder unilateral de Estados Unidos a favor de uno multilateral, más aun desde que el último desplegó una política de contención activa tanto para uno como para otro, incluso en torno a los “extranjeros próximos”, Vietnam o Ucrania por ejemplo. En un punto, se necesitan mutuamente si quieren mantener sus ansias de destacarse en el concierto mundial, dado que solo así serían capaces de aminorar la preponderancia occidental. Hoy por hoy, la alianza no es solo de carácter defensivo: en septiembre del año 2015 China envió un portaviones a Siria. 2) Existe una complementariedad general pronunciada entre ambos países: el poder militar, la tecnología espacial y las reservas energéticas rusas son una bendición para China, capaz de poner a disposición a cambio su ejército de productos industriales o su respaldo de capital -para 2014 el intercambio económico no era inmenso, rondaba los cien mil millones USD, pero crecía sin parar-. A corto plazo, incluso, el intento europeo por reducir la dependencia del gas ruso será compensado con la demanda China, para lo cual se construye más de un gasoducto. 3) Colosos geográficos, comparten frontera y anclaje regional, lo cual puede solidificar un cierto entendimiento. En suma, complementariedad económica, militar, política y geográfica se aúnan en la proyección global que trazan, convirtiéndose en una argamasa sólida. Paralelamente, tras la crisis ucraniana, el acercamiento de Rusia para con China se ha intensificado, “volcándose hacia el oriente”, y para China la apoyatura Rusa disipa o aminora categóricamente la salida militarista por parte de sus vecinos hostiles. Nótese que la diplomacia China reconoce 14 tipos de vínculos establecidos con

sus países “amigos” (54 países y 3 organizaciones intergubernamentales), y Rusia es el único país que goza del status mayor: “Asociación de colaboración estratégica integral”.

Adosado a este eje, se recuesta un área de influencia directa, el Asia central. El derrumbe de la Unión Soviética produjo un vacío político en la zona, donde las cinco ex repúblicas proclamaron la independencia, pero todas (excepto Uzbekistán, que lo haría posteriormente) conformaron la Comunidad de Estados Independientes bajo el manto de Rusia en el mismo 1991. Luego de una serie de acercamientos previos, en 2001 se creó la Organización de Cooperación de Shanghai (OCS), que aglutina a China, Rusia y los países de Asia central (véase Mapa 1).¹ La República Popular compra aquí insumos energéticos y constituye toda una malla de seguridad para sus abastecimientos que se remontan hasta Irán (aminorando el peso de su importante provisión marítima actual), mientras que revive el trazado de la antiquísima ruta de la seda marítima y terrestre surcando Eurasia, la central iniciativa “Una franja, una ruta”. Los caminos que ligan China a Europa occidental son geoestratégicos en la medida en que apuntan a cimentar el vínculo euroasiático en múltiples dimensiones. En cierta medida -paradoja que aun trae consigo el corto y rojo siglo XX- se traza entre Rusia y China un eje de poder global con la suficiente fuerza como para tensar la primacía occidental de cuño estadounidense.

Hacia el sudeste se yerguen los vínculos más intensos, ambivalentes y complejos; tornándose una zona de disputa de primer orden. De manera evidente, existen serios problemas acerca de la soberanía efectiva de China. En principio con la “provincia rebelde” de Taiwán, asiento del nacionalismo derrotado por el maoísmo en 1949, territorio al que reclama de manera directa y sin titubeos. Con Taiwán, China posee un déficit comercial de 89 mil millones USD en 2014, parte de una política continental para lograr por esta vía una suerte de reunificación *de facto* (Trademap, 2015). Asimismo, también existen agudas diferencias en torno a la soberanía de islas, atolones, y territorios mínimos en el Mar de China, sobre lo que luego profundizaremos.

Ahora bien, todos los países del sudeste asiático han establecido una integración en torno a la Asociación de Naciones del Sudeste de Asia (ANSA), que hacia fines del siglo XX dejó de ser un espacio de contención del comunismo para devenir en promotor de la cooperación económica.² China es su principal socio comercial y ha iniciado en 2010 una serie de acuerdos sucesivos hasta pactar un área de libre comercio absoluta para 2025, que eventualmente sería la más grande del mundo, ya que se suman 570 millones de personas a las que ya cuenta el “imperio del medio”. Los

¹ La OCS está compuesta por China, Kazajstán, Kirguistán, Rusia, Tayikistán y Uzbekistán. Los patrones sobre los que descansan las posiciones de cada uno de estos países no necesariamente son unívocos, si China propicia la “estrecha vecindad”, Rusia el “eurasianismo” y los países de Asia central tienden a apostar por el “multivectorialismo” (Roch, 2011).

² La ANSA está integrada por Brunei, Indonesia, Malasia, Filipinas, Singapur, Tailandia, Vietnam. Laos, Myanmar y Camboya. La excepción en el sudeste es Timor oriental.

intercambios de ANSA con China no han parado de crecer, con un volumen de 350 mil millones de dólares en 2013 representó el 14% su comercio (le sigue la UE con 9,8%; Japón con 9,5% y EEUU con 8.3%), con un saldo de 45 mil millones USD a favor del gigante asiático (ANSA, 2014). No solo se estrechan los lazos comerciales, también los financieros, los niveles de inversión chinos, la integración física, la construcción de infraestructura general y los esfuerzos por resolver los diferendos territoriales (claves en la aparición de riesgos “sorpresivos” a la seguridad) (Cesarín, 2014). Con China como núcleo, sobre la base de un imparable comercio intra e inter-industrial e inversión regional, la ANSA constituye el engranaje clave de la “Fábrica Asia” (el comercio intraregional de partes y pieza industriales en el Asia oriental y sur-oriental es del 68%, mayor que el de la Unión Europea) (Rosales y Kuwayama, 2012). Los acuerdos de libre comercio en el área de Asia Pacífico pasaron de 70 en 2002 a 257 en 2013 y seis de los diez mayores destinos de la inversión China entre 2005 y junio de 2014 fueron países miembros de Foro de Cooperación Económica de Asia Pacífico (FCEAP), en una muy activa “diplomacia de vecindad” (Rios, 2014). En este sentido, como apunta la administración norteamericana: “Las dependencias del mercado chino de muchos países de Asia Oriental y una profunda integración de China en el suministro y las cadenas de fabricación regionales le permiten apalancar los intereses de seguridad nacional” (EEUU-CHINA review commission, 2014:22). Queda claro, pues, que por sobre los diferendos político-territoriales y soportado en su poderío económico, China expande su esfera de influencia en la periferia próxima.

Seguidamente, el mayor intercambio comercial de China -por encima del que traba con Estados Unidos-, se da con Japón y Corea del Sur, con un total de 586 mil millones USD en 2013 (17% del comercio exterior total de China), con un déficit para el “Gran Dragón” de 12 mil millones con Japón y de 91 mil millones con Corea del Sur, que además es su principal país proveedor (Trademap, 2014). Pero no todo termina aquí, sino que el “imperio del sol” fue el principal inversor extranjero directo en China en 2012, con 7.300 millones USD, y la República de Corea contribuye con 3.300 millones (ONEC, 2014). A la luz de estas magnitudes tan amplias -donde nótese la desventaja que padece China en la balanza comercial-, existe la chance de que se constituya un polo de desarrollo mancomunado al margen de la rivalidad. En este sentido, la interdependencia comercial y financiera entre estos gigantes ha venido aumentado de modo considerable, denotando un gran intercambio interindustrial entre las tres naciones, una mutua “integración tecnológica” y una fuerte descentralización de la actividades de Corea del Sur y Japón a China, beneficiándose de los bajos costos de la mano de obra y produciendo para la exportación y el mercado interno. Ciertamente, pese a la competencia que pueden entablar entre ellos, habría sobradas chances de que devengan un foco de desarrollo integrado (y China se recuesta sobre Corea

para forzar a Japón, ambos países de perfil económico similar) (Zubieta, 2011). Por lo pronto, en temas de seguridad, aunque el recelo histórico entre China y Japón dificulta un entendimiento, con Corea del Sur la sintonía es mayor. (Tobon García, 2012:13).

Por último, uno de los vínculos más complejos e interesantes de China es el que establece con India. La relación sino-india no está en lo más mínimo exenta de tensiones, de hecho, poseen diferendos territoriales en casi todas sus fronteras, teniendo por telón de fondo la guerra de 1962 en la zona del Himalaya, cuando el maoísmo victorioso hizo respetar las antiguas fronteras imperiales. Hacia el sur, el establecimiento de múltiples bases militares de China -el “collar de perlas”-, con el propósito de tener bajo control el flujo de transporte del Mar Índico, despierta el resquemor vecino, que por su posición y amplias costas considera al Índico su área de influencia directa. Un reparo igual o más intenso le genera al nacionalismo indio el estrecho lazo entre China y Pakistán. Sin embargo, más allá de estos elementos de índole nacional-militar y bilateral, existen otros que promueven el acercamiento: 2.581.216.800 habitantes conjuntos conforman cerca del 40% de la población mundial, la compartida pertenencia a los BRICS incentiva la multipolarización, atienden frentes análogos en las distintas cumbres climáticas y se ligan en tópicos como la reforma de las instituciones financieras “occidentales” o en el sistema de Naciones Unidas para dar más peso a los países “emergentes” (Haro y Cornejo, 2011). En paralelo, China es el principal socio comercial de India y los intercambios económicos entre los dos países no pararon de crecer desde el inicio del siglo XXI (pasando de 3.000 millones de dólares en el año 2000 a 100.000 millones de dólares en el año 2014) (ONEC, 2014). Si la India se inclinase hacia sus vecinos asiáticos, el anillo enhebrado por su emergencia tenaz, que pasa por la irrupción del “Gran Dragón” y culmina en la recuperación Rusa, conformaría un gran acontecimiento geopolítico en la era que se fue abriendo paso tras el fin del mundo bipolar. Esta Unión Euroasiática, que Moscú supo calificar de “triángulo estratégico” y foguea recurrentemente, vendría a suspender la hegemonía atlántica que tenía a Norteamérica y Europa como garantes privilegiados del orden mundial. En definitiva, China asume su papel de potencia global trazando lazos fuertes en lo que concibe como la “Casa Común Asiática”.

La fallida estrategia económica de Estados Unidos

El paisaje expansivo del “Gran Dragón” es la causa principal por la cual Estados Unidos ha variado sustancialmente su política exterior hacia el Pacífico, hoy redireccionada a desarrollar una política de contención, en tanto objetivo internacional de primer orden. En los hechos, Washington realizó “un giro estratégico a la región [del Pacífico que] se inscribe lógicamente en nuestro esfuerzo global general para asegurar y mantener el liderazgo de Estados Unidos”, así lo denomina

la administración gubernamental, basada fundante texto de 2011 de la entonces Secretaria de Estado, Hillary Clinton (Clinton, 2011:2). El “*Pivot to Asia*” se compone de tres procesos interrelacionados de escala global, uno pone el acento en el aislamiento económico, otro en la amenaza militar y un tercero en plano político-cultural (este último, que llama a respetar los derechos humanos y la democracia, es un soporte ideológico estadounidense al que no prestaremos, esta vez, especial atención).

En términos geoeconómicos, Estados Unidos buscaba crear un área de libre comercio de grandísima escala bajo su égida que mantenga a ralla la participación del gigante asiático, y de los BRICS en general. Más específicamente, eran bloques económicos con tendencia a fusionarse: el TTIP (*Transatlantic Trade and Investment Partnership*, Alianza Transatlántica de Comercio e Inversión), que uniría a EEUU y la Unión Europea y el TPP (*Trans-Pacific Partnership*, Acuerdo Transpacífico de Cooperación Económica) que uniría a los países de la cuenca del Pacífico (ANSA, Japón y Corea, entre ellos), menos China, que no podía cumplir sus cláusulas. Respecto del primer bloque (TTIP), la potencia imperial clásica afirma su ligazón con Europa esperando sostener conjuntamente la primacía “atlántica”. En torno a Asia-Pacífico, Estados Unidos impulsó la Asociación del Transpacífico, que negociaba con Japón, Corea y la ANSA, en busca de acrecentar sus debilitadas bases de poder en el continente oriental. Aunque Washington ha estado influyendo en la ANSA desde 1997, hasta hace poco también tentó a India para incidir en la puja por neutralizar la naciente cooperación entre la ANSA y China. Hacia el hemisferio sur, la Alianza para el Pacífico en Sudamérica suponía la reconstrucción posible del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA) sobre la base de los países que no forman parte del MERCOSUR, buscando horadar la primacía regional que busca entretejer Brasil. Juntos, el TPP y el TTIP abaracarían más del 60% del PIB global, excluyendo a China. Esta mega-negociación, claro está, era una respuesta estratégica de occidente para atenuar los efectos del desplazamiento del flujo de capitales, industria, tecnología y comercio hacia el litoral asiático del océano Pacífico.

Sin embargo, a fines de 2014 se dieron una seguidilla de encuentros multilaterales de carácter crucial (la reunión de la ANSA, en Myanmar; la XXII cumbre de la Foro de Cooperación Económica de Asia Pacífico (FCEAP), en Pekín y el encuentro del G20, en Australia), por eso le prestaremos especial atención a este momento. El punto determinante es que el FCEAP, creada en 1989 - un día antes de la caída del muro de Berlín- aprobó la iniciativa de China de establecer la zona de libre comercio de Asia-Pacífico, tal como venía sosteniéndose junto a la ANSA desde hace tiempo, pero más ambiciosa en sí porque incumbe a los 21 países de toda la cuenca de Asia-Pacífico; Rusia y Estados Unidos entre ellos. Escenificando su poder, China firmó un tratado de libre comercio con Corea del Sur -recordemos el cuantioso superavit coreano-, selló el compromiso

de compra de gas ruso y descongeló las relaciones con Japón, mientras Estados Unidos intercambiaba en su embajada pequinesa con los 12 líderes del TTP sin arribar a ningún resultado. De este modo, el peso de China en la ANSA logró inclinar la balanza por la existencia de una zona de libre comercio en Asia-Pacífico que la contenga, dando por tierra el ambicioso proyecto de Estados Unidos. El FCEAP cuenta además con tres naciones latinoamericanas -México, Chile y Perú-, que mantienen crecientes vínculos económicos con la República Popular, hasta tal punto que han adherido a la iniciativa pese a la influencia sustantiva que sobre ellos ejerce la política exterior de Washington. Si bien es cierto que Trump ha desechado continuar trabajando para materializar estos tratados, no lo es menos que China ya había torcido su fin (Fornillo, 2016). En suma, China crece y asienta un proyecto integral para la región asiática y su océano central, proponiendo un “Asia autogobernada”. Tal como apunta Xulio Rios, la revitalización de la Ruta de la Seda (terrestre y marítima), los corredores económicos de Pakistán y de Bangladesh-India-Myanmar, el tratado de libre comercio con Seúl y, fundamentalmente, con los países de ANSA, conforman una espiral de iniciativas de integración que se completan con la propuesta del Área de Libre Comercio para toda Asia-Pacífico (Rios, 2014). China no solo inhibió la estrategia más realista de Estados Unidos para aislarla, también la transformó en un canal de su propia expansión.

Actualmente, Trump sustrajo a EEUU de la Asociación Transpacífica, y con ello se enterró al mayor acuerdo regional de comercio e inversiones de la historia, a cambio apunta a una serie de medidas proteccionistas al renegociar el sistema de acuerdos de libre comercio o usar políticas tributarias, entre otras medidas financieras que buscan el “retorno” de las empresas estadounidenses. Sin embargo, vale mencionar una particularidad remarcable entre las dos potencias en competencia, y quizás una clave no menor del gran escenario actual. En tanto contendientes que se miran cada vez con mayor recelo, su tipo de entrelazamiento es inédito: tienen el principal vínculo comercial bilateral del mundo, el cual superó los 558 mil millones de dólares anuales en 2015. La balanza comercial es deficitaria para Estados Unidos en cerca de 330 mil millones anuales y, como contraparte, China financia al país del norte comprándole deuda pública, de modo que la comunión es comercial y financiera. La ambivalencia de la situación reside en que si Estados Unidos devaluase su moneda mediante cualquier mecanismo, también perderían valor los papeles poseídos por su acreedor, pero la ganancia tendría un costo, la moneda norteamericana también caería. Entre tanto, China ha venido desprendiéndose de la tenencia de bonos en dólares (amén de que estamos hablando del país que cuenta con más reservas -4 billones USD- frente al más endeudado). Otro dato significativo: el año 2014 ha sido el primero en que las inversiones chinas en Norteamérica han sido mayores que al revés. Hay un punto en el que Washington aun lleva las riendas: los intercambios mundiales se hacen en su moneda y controla las instituciones

financieras globales (FMI, Banco Mundial) pese a que el gigante asiático busca, con la perseverancia habitual, remodelar el marco económico institucional-global -con el Banco del Desarrollo de los BRICS, por caso- e ir desplazando al dólar en sus intercambios. Este intento no es irrisorio, en el año 2015 el yuan se incorporó a la canasta de monedas del FMI y en vías de atar el uso de su signo monetario a su extensa red de comercio internacional, con Rusia y con Japón -entre otros casos-, el flujo comercial ya se pacta en monedas nacionales. La economía mundial, a fuerza de mundialización, está imbricada como nunca antes, de modo que no es posible reinventar un neocolonialismo como apuntaba el TTP ni un proteccionismo nacional para aferrarse a mercados cautivos. Más allá de que subsiste una fuerte incertidumbre acerca del sistema de alianzas, vecindades y cercanías que se tejen entre los países, y el tablero de juego con sus contrincantes claramente definidos no está dispuesto definitivamente, lo cierto es que una fortísima interdependencia parece impedir apostar a polaridades netas. De hecho, aquí no solo estamos hablando de países, sino de corporaciones globales, aunque lo notorio del caso chino es la propiedad estatal de las firmas de mayor tamaño. No por casualidad, además de discordia, se habla de cooperación entre las dos mayores potencias (Oviedo, 2014). En este sentido, mientras las avanzadas militaristas se concentraron en Medio Oriente durante los años 90, y más aun tras el atentado sufrido en 2001 en New York, China arribó a un lugar que parecía desmesurado, creciendo a tasas imposibles. Hoy, cuando aquella estrategia de ocupación del foco petrolero muestra más sombras que luces, sucede que el “Gran Dragón” es un “adalid de la globalización” y amenaza disputar la supremacía. Sin embargo, en capacidad bélica es la única esfera donde Estados Unidos -por poco tiempo, seguramente- no tiene parangón.

La militarización del Pacífico

A través del Océano Índico y Pacífico China traza las rutas comerciales por las que fluye el petróleo, las materias primas, y los productos manufacturados provenientes y dirigidos a todas partes del globo. El Mar del Pacífico Norte es un área de flujo comercial que representa tanto el traslado interminable de mercancías como la avanzada de un teatro de operaciones que opone a China y su mar -“su” Taiwán- frente a las reticencias de Estados Unidos y sus principales aliados (Washington destina aproximadamente 618 mil millones USD anuales en defensa, le sigue China con 171 mil, aunque ésta última crece de manera más acelerada) (SIPRI, 2015).

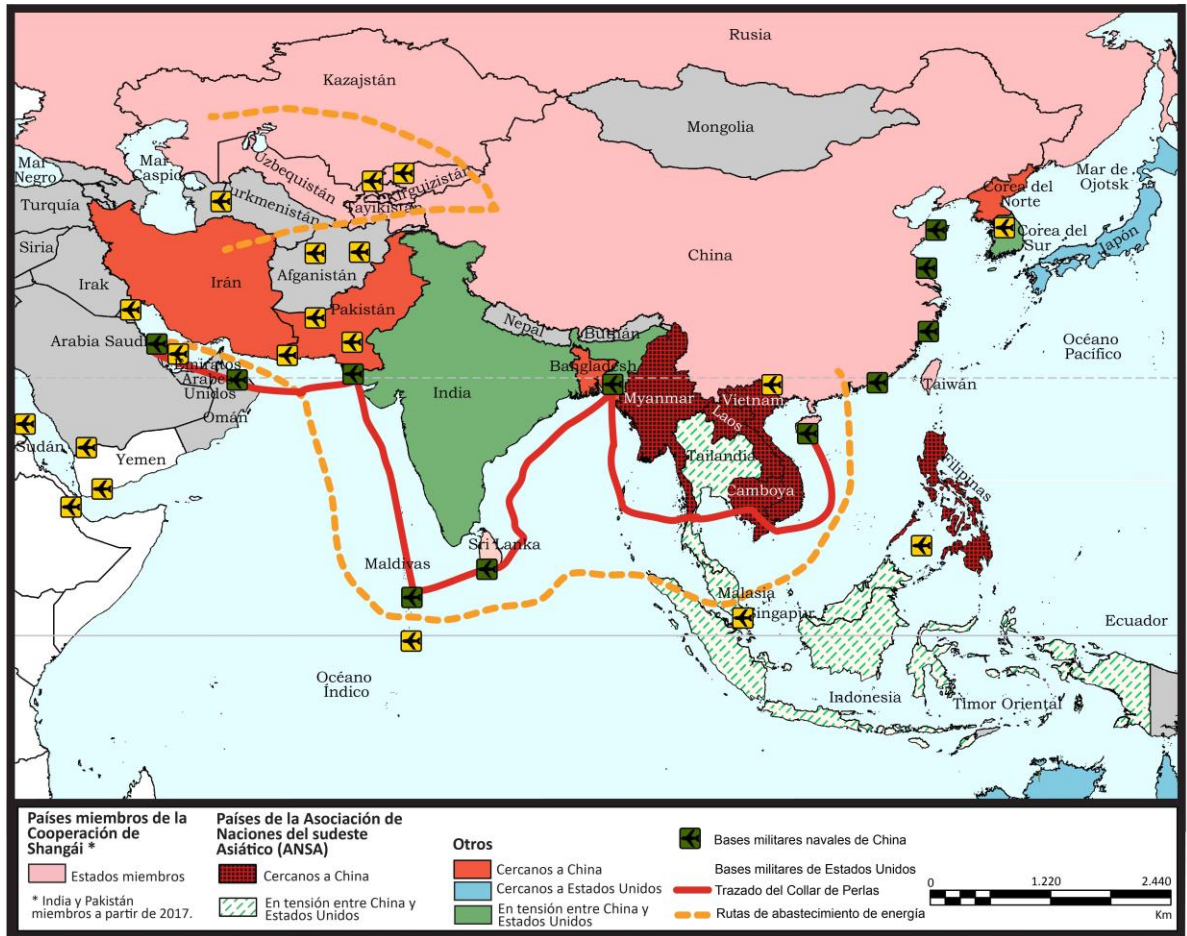
La soberanía difusa de los mares facilita la penetración militarista. Hacia el Océano Índico, China ha enhebrando lo que suele denominarse el “collar de perlas”, caratulado así por los propios estadounidenses. Sobre el litoral subsasiático fue posicionando una serie de bases militares, con el

objetivo de proteger la salida hacia el oeste, debido al vital suministro de recursos desde África, y porque constituye la base del aprovisionamiento energético, amén de obtener una posición naval privilegiada en la zona del sudeste y sur asiático. Hacia el Índico, China realizó un impresionante despliegue de vasos comunicantes, soportado ahora en el Banco Asiático de Inversión en Infraestructura (creado en octubre de 2014), en base a una agresiva política de inversiones que liga sus provincias del sur con la antigua “región” de Indochina, cuyos países se encuentran en el eslabón 12 de 14 en la tipología de vinculación (“Asociación de cooperación estratégica integral”): Vietnam, Laos, Tailandia, Camboya, Myanmar. Actualmente, la “línea de fuerza” central de la “irradiación” asiática China pasa por Indochina para extenderse a todo el sudeste asiático -ANSA- (atrayendo a Corea, presionando a Japón y desligando a India) para finalmente arribar fuerte a la cuencas Pacífico y del Índico. Este punto es clave, incluso el último año los dos países que más claramente se habían alineado con EEUU -Filipinas y Vietnam-, pasaron a ponderar favorablemente sus relaciones con China. En resumen, aunque actúa “global”, para el “Gran Dragón” afianzar la relación sino-sudasiática es su vía estratégica madre. El Océano Índico, además de ser un corredor marítimo vital para flujos de energía y comercio, es el corazón de un hipotético eje económico “sur-sur” entre China, África y América Latina.³ En efecto, una de las razones fundamentales para controlar el tránsito que discurre sobre el océano Índico reside en que las principales fuentes de suministro chinas provienen de allí, sea materias primas o insumos energéticos.

MAPA 1: Geopolítica China en el entorno asiático ⁴

³ A tono con su política de no declarar preeminencia, China plantea sus relaciones con África o América Latina como “sur-sur”, esta falsa paridad se enmarca en el “espíritu” de su política exterior: “lenguaje idealista y práctica realista” (Oviedo, 2005:52).

⁴ Es importante aclarar que el mapa presentado a continuación busca facilitar la comprensión más que apuntalar la precisión. Los países no suelen tener un patrón de relación unívoco, sino más bien cambiante, que el mapa no puede claramente expresar. Ilustrativo de ello es que en China se suele creer en “el *rebelde* Vietnam, la *cambiante* Myanmar, la *díscola* –y amiga de Estados Unidos- Filipinas, o las *desconfiadas* Malasia e Indonesia” (Cesarín, 2014:39).



Fuente: elaboración de la geógrafa María Victoria de la Cal en base a datos proporcionados por el autor.

El Mar de China es en un teatro de operaciones en el que se juega una parte de la consolidación regional del gigante asiático, incluso porque en esta extensión de agua experimenta una de sus mayores fragilidades. Sobre el Mar de China la República Popular se ha vuelto muy activa, ya que las grandes rutas de suministro y comercio pasan por él, a causa de que posee disputas territoriales con múltiples países (potenciales aliados de EEUU) y fundamentalmente con la “provincia rebelde” de Taiwán.⁵ En efecto, sosteniendo un tráfico comercial gigante, viendo emerger *middle powers*, raptos de piratería, zonas reclamadas por más de dos países, conteniendo a Taiwán, es un tablero líquido donde China juega parte de su vínculo exterior. La Estrategia Militar China de mayo de 2015, su primer libro blanco de tono más ofensivo, reza: “La mentalidad tradicional de que la tierra es más importante que el mar debe ser abandonada” (China's Military

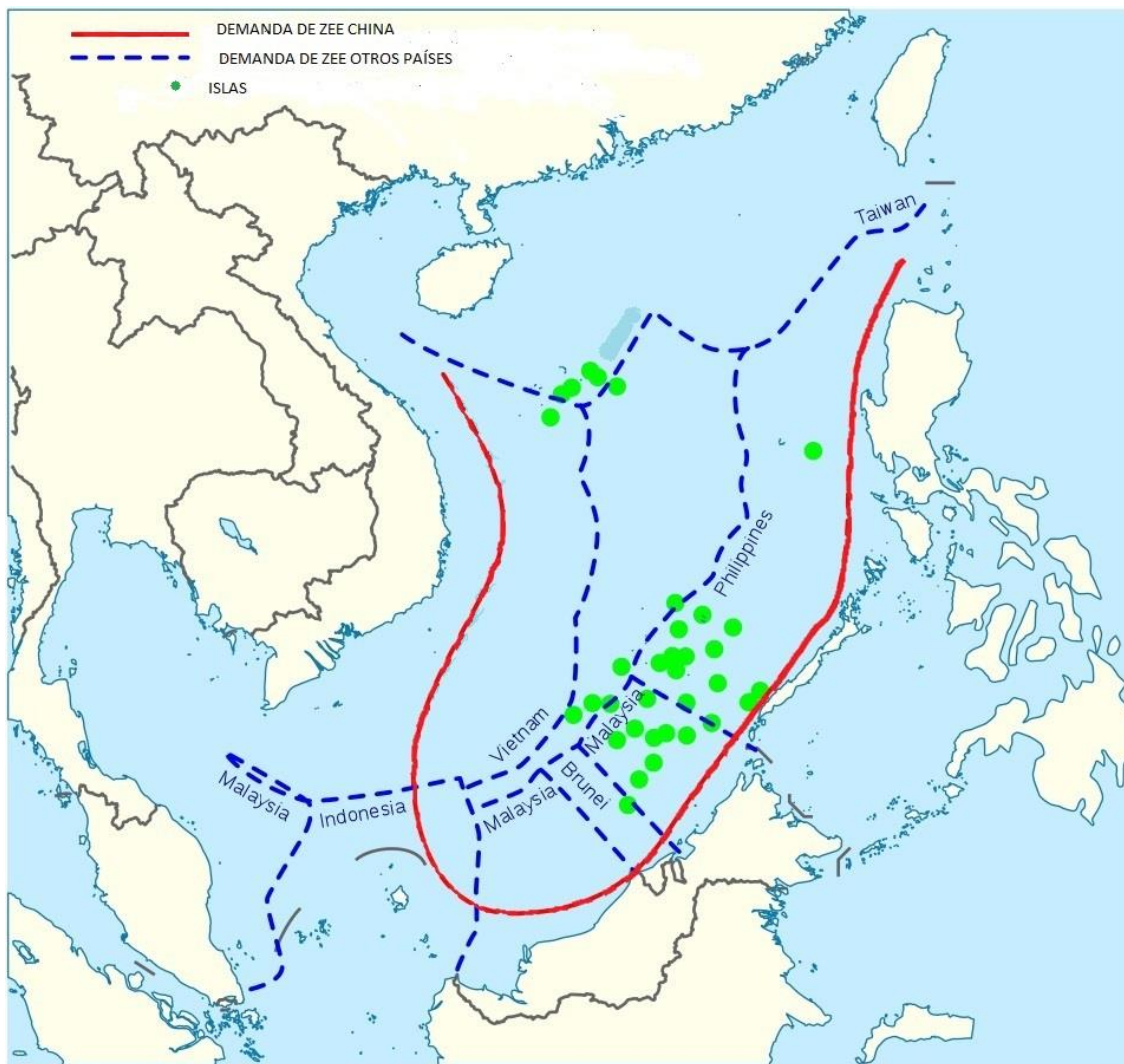
⁵ Es una novedad que Donald Trump haya entablado un diálogo con la presidenta de Taiwan de manera directa, dando por tierra el “principio de una sola China” que su país sostiene desde hace 40 años; política que para el continente es innegociable y *causa belli*.

Strategy, 2015). Más aún, las fuerzas armadas Chinas están desarrollando una política hacia los cuatro *global commons*, es decir, garantizar su capacidad para influir en los mares, los cielos, el espacio exterior -desde donde se apoyan las actividades de los otros dos- y el ciberespacio (Gómez, 2011).

Hacia el sur del Mar de China existe una fuerte controversia sobre quién ejerce la soberanía de muchas de sus islas y atolones, que además contienen reservas de petróleo y gas, lo cual depara conflictos acerca de la delimitación de la “zona económica exclusiva” de cada país.⁶ La República Popular está últimamente militarizando el área, creando islas -literalmente- donde antes había agua, y la mayoría de las veces fija una agenda de negociación bilateral, país a país. En Paralelo, no son menores las discordias que depara el Mar de China hacia el este. Con una extensión cuatro veces menor, y con problemas centrados entre Estados, se reparten las cuatro esquinas del mar las cuatro potencias de la región Asia-Pacífico (China, Japón, Corea del Sur y Taiwán). Los roces entre ellos son continuos, dándose hasta la peculiar situación de que Taiwán disputa con Japón islas (las Senkaku) que China considera propias por suponerlas parte de la secesionista Taiwán (ver Mapa 2).

MAPA 2: Demanda de zonas económicas exclusivas en el Mar del Sur de China

⁶ El Mar de China Meridional abarca las aguas de diez países: China, Taiwán, Filipinas, Vietnam, Camboya, Malasia, Brunei, Singapur, Tailandia e Indonesia.



Fuente: elaboración del autor en base a mapa elaborado por “Cmglee. Wikimedia Commons”.

El “Giro hacia el Pacífico” de Estados Unidos se centra en gestar una capacidad de control sobre las rutas marítimas del Océano Índico y las aguas del Mar del Sur de China. Actualmente, posiciona sus fuerzas alrededor de la nueva potencia asiática, trazando un rosario de bases militares y puntos de apoyo que la atenazan, es decir, establece un área de amenaza efectiva en torno a los océanos (Ver Mapa 1). La nueva estrategia de seguridad norteamericana pone el acento, entonces, en el reforzamiento de su alianza con Japón, Corea del Sur, Taiwán e, hipotéticamente, Indonesia; además de Australia y Tailandia en los márgenes interiores. Otro intento suplementario de Estados Unidos consiste en atemperar el poder del “Gran Dragón” recostándose en el segundo país más poblado del planeta. El imperio del norte estimula a que Nueva Delhi extienda su influencia hacia el oeste -Asia central- y hacia el sudeste asiático, siendo bisagra entre el Índico y el Pacífico, forzando a China a la reclusión. En 2011, el ejército estadounidense realizó más de 50 actividades militares

significativas con India, posicionándola como el socio privilegiado del país en el siglo XXI. La tradición india brinda el espejo más apropiado para soportar el perfil ideológico-político sobre el cual se construye la posición estadounidense: es la democracia más grande del mundo. Naturalmente, allí puede anclar un discurso que loa los valores de la democracia representativa, el liberalismo político, el cuidado de los derechos humanos y el combate al terrorismo (Southerland *et al*, 2014).

A nivel militar, con esa nueva fuerza Estados Unidos se propone cercar a China, Corea del Norte y Rusia, tanto por el este y el oeste como por el sur, pero en términos más bien típicos de una “guerra clásica”. Nada indica que China quiera propiciarlo. A primera vista, tendría la característica de lo que suele llamarse “guerras limitadas”, es decir, la posesión de arsenal atómico en una contienda interestatal reduce ampliamente las chances de un enfrentamiento directo o de una escalada. Pero otro punto importante de la situación reside en que Estados Unidos ha venido librando en el último tiempo “guerras difusas”, esto es, hacia fuerza no estatales, no profesionales, en espacios difuminados, sin inicio ni fin formal, donde el Estado pierde si no gana y el “No Estado” gana si no pierde (Nievas, 2006). Nada de esto podría hacerse con China, con quien debería entablarse una “guerra nítida”, a la antigua usanza, o de otro estilo aun no inventado. Justamente, al nuevo Secretario de Estado de Trump -Rex Tillerson-, quien aseguró impediría a China a acceder a las islas del Mar de China Meridional, el diario ligado al Partido Comunista Chino (PCC) -Global Times- le recordó este punto: “ambas partes deberán pensar en prepararse para un enfrentamiento militar” y le recomendó al novel secretario “ponerse al día en estrategias nucleares si quiere que una potencia nuclear (en referencia a China) se retire de sus propios territorios” (Página 12 14/01/2017).

Pese al poder militar-financiero de Estados Unidos y su conquistador “destino manifiesto”, prácticamente no hay chances de este escenario: habría que fraguar un motivo para acosar realmente a China, y el imperio estadounidense no puede prolongar su “dominación sin hegemonía” indefinidamente. A diferencia, la República Popular “promueve una nueva arquitectura de seguridad en Asia liderada por los países asiáticos con China en el rol de líder principal”, marginando a Estados Unidos, tal como atestiguan los propios documentos oficiales de Washington (EEUU-CHINA review comisión, 2014:21). Por último, habría que reconocer que, en el fondo, estas “fronteras” marítimas no son fundamentales (hoy las fronteras “fluyen”), de lo que se trata es de afirmar rotundamente la presencia y el control chino sobre el área, estableciendo una malla de seguridad, incluso permitiendo que amanezcan rispideces menores. En otros términos: el “Gran Dragón” encara una “prevención ofensiva” como parte de una “estrategia de defensa general”, como tantas veces se practicó durante el gobierno de Mao. Empero, es claro que China deberá saber

enfriar las pasiones soberanistas en sus “mares cercanos”, a riesgo de que surjan escenarios de conflicto.

Finalmente, el desarrollo irrefrenable de China no es gratuito para sí misma. El crecimiento vertiginoso de los últimos 30 años derivó en que haya contaminado el 70% de sus ríos, casi la totalidad de sus napas de agua, padece lluvia ácida, tormentas de arena que sacuden sus ciudades multitudinarias, erosión sistemática de las tierras de cultivo, deforestación (tan aguda que llevó al PCC a prohibir talar un solo árbol más en todo el país), contaminación del aire que impide la visión e invade los pulmones (es el principal emisor de CO2 del planeta) y un cúmulo poblacional recostado excesivamente sobre el este litoraleño del país (Trápaga, 2013). Realidad acuciante que ha llevado a que de la nada en un par de años el “Gran Dragón” se convierta en el principal generador de energía eólica en el mundo y en el principal productor de paneles solares. De no incorporar patrones ecológicos más firmes o externalizar los costos ambientales, China se ésta tornando insustentable para sí misma. Siendo así, una cuarta estrategia de Estados Unidos resulta notoria en el mundo actual: “Washington estaba tentando a China para que esta explote masivamente las vetas de gas no convencional dentro de su territorio -afirma William Engdahl-. No por buena voluntad de Estados Unidos hacia China. De hecho, se trata de otra arma principal en la destrucción de China: la guerra ambiental” (Engdahl, 2012: s/d).

Sudamérica en medio de las turbulencias globales

China no representa un peligro para la seguridad interna de Estados Unidos, sí a su supremacía. China posee numerosas corporaciones globales y es una gran potencia inversora: cuenta con 18.000 empresas en más de 170 países, y como inversor exterior saltó del 33° lugar en 2000 al 3° en 2012. Más aun, el gigante asiático guarda un margen de crecimiento no aprovechado al interior de sus fronteras (en infraestructura, comunicaciones, transporte, etc.), un programado vuelco hacia el mercado interno (decisivo para aminorar su dependencia de los mercados centrales), su camino hacia la “equiparación tecnológica” no encuentra obstáculos serios, su crecimiento se sostiene sobre la economía real, realiza una agresiva política de flujos salientes de inversión con el objetivo de asegurarse recursos que considera vitales, gracias a una tasa de ahorro y capacidad de inversión de las mayores del globo. El gobierno de Xi Jinping apuesta a una nueva etapa económica que permita adentrarse en el “sueño Chino” de la modernización, atendiendo a la calidad del crecimiento, con especial énfasis en las dimensiones ambiental, social y tecnológica, como requisitos para pasar del *made in China* al *created by China* (Rios, 2015). El XIII Plan quinquenal (2016-2020) postula el concepto de “cinco desarrollos”: innovación, coordinación, ambiente,

apertura y desarrollo compartido, haciendo de la innovación tecnológica la clave del crecimiento del futuro (el porcentaje de inversión en I&D pasó de 0,95% del PBI en 2001 a 1,76% en 2010 y se espera sea 2,5% en 2020, análogo al de las economías “avanzadas”) (Roborgh, 2011; Rios, 2015; Martinez, 2015).

La dinámica de acumulación China -bajo una intrincada gestión del capital que entrecruza intereses de Estado con patrones privados de propiedad- es base, soporte y motor de la idea madre de modernización que condiciona la política interna y externa del “Gran dragón”. En sus miles de años de historia, complacida de registrar su escritura actual 4000 años atrás, la República Popular China se guía por un profundo sinocentrismo, siempre segura de sus fuerzas. Si acaso esa apelación a la autosuficiencia fue desvirtuada únicamente por el decimonónico “siglo de humillación”, la revolución maoísta no escatimó esfuerzos para reencontrarse con la inevitable centralidad. En los hechos, el PCC trazo dos objetivos para el presente siglo: ser una sociedad moderadamente prospera en el año 2021, centenario del Partido, y lograr un país socialista moderno, fuerte, armonioso y culturalmente avanzado para el año 2049, centenario de la revolución. Sea como fuese, el camino transitado China se lo representa como la construcción de una suerte de “Sur global”. En sintonía, Oviedo nomina “alianza intercivilizacional” a la imagen que China se hace de su extensión asiática en ligazón con África y Latinoamérica, como “entente internacional” diferente a occidente, en la puja por cambiar el sistema internacional (Oviedo, 2014). Pese a que, no caben dudas, aun resta resolver qué lugar digno puede ocupar el “eje del sur” en esta visión armoniosa.

El TPP significaba para América Latina no solo una avanzada estadounidense para atemperar la presencia China en la región, también la recreación del ALCA para propagar el “libre comercio” bajo su manto y estructurar toda una serie de prerrogativas sobre propiedad intelectual, internet, etcétera, de modo que su fin no puede menos que traer un respiro a esta parte del globo. Sin embargo, la potencia asiática aparece en Sudamérica bajo una extendida presencia, recreando el influjo que supo ostentar a través del Pacífico hasta el siglo XVIII. Naturalmente, es sobre la esfera económica donde empezó a tender grandes vasos comunicantes, y desde allí, de manera indirecta, comenzó a tallar sobre otras dimensiones, blandiendo su “soft power”. El “imperio del medio” se ha convertido en el socio comercial más dinámico de la región, bajo el propósito de asegurarse recursos naturales, abrir nuevos mercados y consolidar su influencia geopolítica. Desde inicios de siglo, la vinculación económica bilateral de China con América Latina creció exponencialmente, a un ritmo del 30% anual (los 12.600 US\$ del año 2000 se transformaron en 261.500 millones en 2013, multiplicándose por 20). El intercambio entre Sudamérica y el gigante asiático posee claramente un perfil interindustrial, ya que se basa en las clásicas ventajas comparativas estáticas, proveyendo productos básicos y manufacturas de escasa elaboración y recibiendo bienes de capital

e inversiones. El hemisferio sur abastece a China de recursos intensivos en trabajo, energía y costos ambientales, de manera concentrada (petróleo, cobre chileno, hierro brasilero y soja, explican dos tercios de las exportaciones) y de perfil primario (el 88% de los envíos latinoamericanos son materias primas o manufacturas basadas en recursos naturales), es decir, Sudamérica “exporta naturaleza”, causa básica de la reprimarización económica (Rosales y Kuwayama, 2012). Esta disparidad -tal como apunta Ariel Slipak-, corroe los intercambios interindustriales regionales que habían crecido con fuerza desde la creación del MERCOSUR, en particular entre Argentina y Brasil. La factoría del gigante asiático no solo desplaza a la *verde-amarella* en lo que consideraba su mercado vecino, también lo consigue en el mismo Brasil -en una lógica de “sustitución inversa”-, menoscabando además los intentos de eslabonamiento regional de las cadenas productivas (Slipak, 2014). En este sentido, se ha subrayado la reproducción de los patrones dependentistas clásicos, dado el predominio interindustrial del intercambio y el marcado interés de China por los bienes primarios y las fuentes energéticas de Sudamérica (Laufer, 2016; REDLAT, 2010). Una realidad difícil de desconocer, al punto que hay quienes afirman que se estaría consolidando un “Consenso de Beijing” que estructuraría una neodependencia (Svampa y Slipak, 2015). En términos de bloques, la estrategia China apunta, por un lado, a negociar con la CELAC, que reúne a todos los países al sur del río bravo y de tan genérica no parece poder articular un interés común y, por otro lado, país a país, donde la superioridad asiática no deja dudas de quien lleva las de ganar.

A la luz del contexto global, queda claro que es imposible desentenderse del descomunal poder global de China, sea para acercarse dócilmente como si asistiéramos a una suerte de “cooperación sur-sur” o para creer que su peso menguaría el de Estados Unidos sin costo o, por el contrario, para querer romper radicalmente con él. De un lado, el “imperio del medio” encuentra aquí una región relativamente proclive a su status de potencia global y de un renovado orden global, socia en más de un organismo multilateral (causas adicionales al aval estadounidense para el influjo derechista regional en ciernes), un mercado de 400 millones de habitantes, y también un reservorio de recursos naturales que se tornarán cada vez más indispensables. Y más genéricamente, al recostarse en nuestro hemisferio, China puede blandir su discurso de “Sur global”, una suerte de “tercer mundo” renovado o magma “intercivilizatorio” distinto al de las potencias atlánticas. Pero paralelamente, no menos cierto es que Sudamérica ocupa un lugar marginal en la disputa del Pacífico, está fuertemente desarticulada (hasta el mismo Brasil, en el mejor de los casos, parece más abocado a blandir su status de potencia global antes que a intensificar la integración regional), padece con el gigante asiático negociaciones bilaterales y desiguales, no posee un peso industrial capaz de negociar en términos igualitarios, y goza de manera desproporcionada de las rentas que ofrece la tradicional prodigalidad de su tierra.

La pujanza de la economía china, traducida en una desestructuración del entramado productivo regional y un acentuado empuje a la desigualdad de los intercambios, obliga a decidir qué perfil de desarrollo el subcontinente es capaz de desplegar en el futuro, a riesgo de reprimarizar la economía, adentrarse en un obsoleto industrialismo o padecer la más directa neo-colonización; a raíz del desorientado papel que juega en la tensión del Pacífico. Una América del Sur autónoma debería diseñar una estrategia de relación con China que apunte a una inserción creativa en el concierto global a partir de un modelo de desarrollo autocentrado, igualitario, sustentable, alternativo y de potencialidad local; sin ella, muy posiblemente prevalezca el peso de las condiciones reseñadas.

Bibliografía

Bolinaga, Luciano (2013) *China y el epicentro económico del Pacífico Norte*, Teseo, Argentina.

CEPAL (2010) “Informe: La república popular China y América Latina y el Caribe: hacia una relación estratégica”, Santiago de Chile. Disponible en: <http://repositorio.cepal.org/>

Cesarín, Sergio (2014) “China-ASEAN: presente promisorio, futuro incierto. Interdependencia económica y tensiones políticas” en Moneta, Carlos y Cesarín, Sergio *Escenarios de integración. Sudeste asiático – América del Sur*, EDUNTREF, Buenos Aires.

China's Military Strategy (2015) *The State Council Information Office of the People's Republic of China*, Beijing. Disponible en www.cryptome.org

Clinton, Hillary (2011) “America's Pacific Century” en Foreign Policy. Disponible en: www.foreignpolicy.com

Connelly, Marisela y Cornejo Bustamante, Romer (1992) *China-América Latina. Génesis y desarrollo de sus relaciones*, Colegio de México, México.

EEUU-CHINA Economic and security review commission (2014), “Report to Congress”, EEUU. Disponible en: www.uscc.gov

Engdahl, William (2012) “China en la mira del pentágono”. Disponible en: <http://www.voltairenet.org/article175708.html>

Fornillo, Bruno (2016) *Sudamérica futuro. China global, transición energética y posdesarrollo*, El Colectivo-CLACSO, Buenos Aires. Disponible en: www.clacso.org

Gomez de Ágreda, Angel (2011) “Las fuerzas armadas Chinas y su acción sobre los global commons” en *I Simposio Electrónico de Política China*. Disponible en: www.asiared.com

Haro, Francisco y Cornejo, Romer (2011) “China-India: tensión, equilibrio y competencia” en Navarrete, Jorge (coord.) *La huella global de China. Interacciones internacionales de una potencia mundial*, UNAM, México.

Laufer, Ruben (2016) “¿A dónde va China? (y a qué viene) La nueva potencia ascendente y los rumbos de América Latina” en Hernandez, Mario (comp.) *¿Adonde va China?* Metrópolis, Buenos Aires.

Martínez Cortés, José Ignacio (2015) “China 2050: Base 2030” en *VI Simposio Electrónico Internacional de Política China*, Observatorio de Política China. Disponible en: www.politica-china.org

Nievas, Fabián (2006) “De la guerra nítida a la guerra difusa” en Nievas, Fabián (ed.) *Aportes para una sociología de la guerra*, Proyecto, Buenos Aires.

Oviedo, Eduardo (2005) *China en expansión*, Universidad Católica de Córdoba, Argentina.

Oviedo, Eduardo (2014) “América Latina: entre la hegemonía estadounidense y la influencia China”, Joint Internacional Conference, Buenos Aires. Disponible en: web.isanet.org

REDLAT (2010) “Las relaciones económicas y geopolíticas entre China y América Latina ¿Alianza estratégica o interdependencia asimétrica?”, Ecuador.

Rios, Xulio (2014) “La ofensiva asiática de China” en Observatorio político de China. Disponible en: www.politica-china.org

Rios, Xulio (2015) “El proyecto de Xi Jinping” en Diario El País, España. Disponible en: www.elpais.com

Roborgh, Sophie (2011) “Geopolitics, innovation and China. The strategic nature of innovation” en *The Hague Centre for Strategic Studies and TNO*, Holanda. Disponible en: www.hcss.nl

Roch, Eugenio (2011) “China en su entorno regional: Asia central y el litoral del pacífico” en Navarrete, Jorge (coord.) *La huella global de China. Interacciones internacionales de una potencia mundial*, UNAM, México.

Rosales, Osvaldo y Kuwayama, Mikio (2012) *China y América Latina. Hacia una relación económica estratégica*, CEPAL, Santiago de Chile. Disponible en: www.repositorio.cepal.org

Southerland, Matthew; Koch-Weser, Iacob y Zhang, Angela (2014) “China-India Relations: Tensions Persist Despite Growing Cooperation”, Staff report, U.S.-China Economic and Security Review Commission, EEUU. Disponible en: www.uscc.gov

Svampa, Maristella y Slipak, Ariel (2015) “China en América Latina: del consenso de los *commodities* al consenso de Biejing”, mimeo

Slipak, Ariel (2014) “La expansión de China en América Latina: incidencia en los vínculos comerciales argentino- brasileros”, mimeo.

Tobon García, Carlos (2012) “China y el giro estratégico de EEUU en Asia-Pacífico. América Latina: ¿A dónde va?” en Primer Seminario Internacional “China, América Latina y el Caribe: Condiciones y retos para el siglo XXI”. Disponible en: www.china-files.com

Trápaga Delfín, Yolanda (coord.) (2013) *América Latina y el Caribe-China. Medio ambiente y recursos naturales*, Red ALC-China, México.

Zubieta, Carlos Heredia (2011) “China-Japón: saldos históricos, oportunidades futuras” en Navarrete, Jorge (coord.) *La huella global de China. Interacciones internacionales de una potencia mundial*, UNAM, México.

Publicaciones periódicas

Página 12

Estadísticas. Bases de datos en línea

-TRADEMAP Estadísticas del comercio para el desarrollo internacional de las empresas,
(www.trademap.org)

-ANSA Asociación de Naciones del Sudeste Asiático (www.asean.org)

-ONEC Oficina Nacional de Estadísticas de China (www.stats.gov.cn)

-Estadísticas Stockholm Internacional Peace Research Institute ((www.sipri.org)